

La frase de Confucio, tan llevada, tan traída, “una imagen vale por mil palabras”, no es suficiente si se entiende por imagen, en su sentido original, una copia o una reproducción. La imagen literaria, por otra parte, está hecha de palabras. Así se podría decir que una palabra vale por mil imágenes. La definición más al uso de la fotografía es “un proceso de grabar una imagen en un material sensibilizado mediante la acción de la luz”. En un principio las fotografías se hacían empleando la luz del día. Uno piensa en Nicephore Niepce, el verdadero inventor de la fotografía –pero *Daguerre c’est Daguerre!*-. Fue este productor teatral el culpable de la propagación de la cámara, oscura y lúcida. Según Bioy, según Borges, más o menos, los espejos, la cópula y la fotografía son “abominables porque multiplican el número de hombres”. (Y de las mujeres añado yo).

Más de siglo y medio después, Daniel Mordzinsky practica el arte de Niepce las partes de Daguerre, pero ya no reproduce la figura humana en asfalto, ni requiere una exposición de ocho horas en un cuarto oscuro. Ahora emplea esos elementos contradictorios (película rápida y fijador) para hacernos creer la ilusión de que somos más bellos o parecemos más inteligentes. Para mi asombro todavía tiene dotes de mago de salón y en pleno París ha conseguido rodearme si no de una vegetación tropical por lo menos colocarme entre pinos y espinos. Afortunadamente en ningún momento me pidió, como otros fotógrafos más indiscretos, que me riera o dijera *cheese*, que en francés sería *fromage* que pronuncian las francesas con un frufrú encantador. (Que en español sería chiste.)

Dice Lichtenberg, a quien cito cada vez que puedo, que cuando se mira a un mono al espejo no se puede pedir que se refleje un apóstol. Donde el pequeño gigante alemán dijo espejo puedo decir cámara, donde dijo apóstol puedo poner al joven Jean Marais –pero aunque me vista de seda mico me quedo-.